

RECORDANDO A DON JOSÉ BALLESTER

FRANCISCO SÁNCHEZ BAUTISTA

Mucho se ha hablado, y mucho y muy bueno se hablará todavía de don José Ballester, maestro de periodistas murcianos y mentor y crítico de aquellos que llevados por el entusiasmo creador nos acercamos a él. Porque, además de esta faceta de fino y perspicaz hombre del periodismo más ecuánime, fue un espíritu educado en los más puros veneros del arte; de todas las Artes, con mayúsculas. Pues seguro estoy que ni pintor, ni escultor, ni poeta, ni novelista, ni algún otro que en esta nuestra tierra haya aportado algo a la cultura, quedó olvidado a la hora de ser enjuiciado por su muy acertada y tolerante pluma. Su gran corazón y su comprensiva generosidad, siempre estuvieron dispuestos a infundir aliento y confianza a los que con más atrevimiento que méritos nos acercamos a él pidiéndole su opinión.

Recuerdo que en marzo de 1957, recién aparecido mi primer libro *Tierras de sol y de angustia*, se lo envié a *La Verdad*, periódico que él dirigía. Me acusó recibo, dándome la enhorabuena, con algunas apreciaciones sobre el libro. Pero cual no sería mi júbilo, cuando en uno de los dominicales del mes de septiembre del mismo año publicó una crítica a dicho libro donde me auguraba un buen comienzo literario. Yo no salía de mi asombro, pues no lo conocía personalmente, Y, sin embargo, él deseaba conocerme y cambiar impresiones sobre mi vocación poética.

Me envió una carta con el recorte de prensa y las señas de su domicilio en calle de la Aurora, la tan celebrada por Jorge Guillén. Y recuerdo que un día del mes de octubre de 1957, por la tarde, tomé el desvencijado coche de línea de Fortuna y lo visité en su casa. La verdad es que me impresionó aquel hombre bueno, discreto y sabio. Su complexión robusta y bien proporcionada; sus grandes y bondadosos ojos; su pelo entrecano, peinado hacia atrás, dejando ver su serena y espaciosa frente; su bien cuidado bigote; su pulcritud sin afectación; y, sobre todo, su voz y sus ademanes acompañados a sus pausadas expresiones persuasivas, suaves y musicales de sus palabras, tal como en su exquisita prosa.



Esta amistad y aprecio mutuo, (porque don José Ballester lo demostró en cuanto estuvo de su parte) duró hasta su muerte, pues en mí aún se mantiene vivo el recuerdo y la imagen de su singular persona. Lo visité varias veces, como he dicho, y hablábamos de poesía, de ensayo, (a él le gustaba este género literario) y muy especialmente de Juan Ramón Jiménez, al que admiraba y del que tenía un bello poema autógrafo enmarcado. Con no menos emoción me hablaba de Azorín, Gabriel Miró y otros escritores afines a su cuidada estética. De esta fecha poseo *Otoño en la ciudad*, que él me dedicó, unas estampas serenas y luminosas donde ocurren y concurren nuestras cosas más entrañables.

Todavía recuerdo con emoción y gratitud su presencia mediadora en la reunión que tuvimos los escritores, artistas y poetas regionales en el viejo y desaparecido Archivo notarial, donde Antonio Garrigós, veterano escultor y animador de los *Auroros*, Pepe Hernández Cano, Luis Toledo y Pepe González Marco, acudieron como escultores. De la parte literaria hubo una representación más nutrida. Así, recuerdo a Francisco García Albaladejo, hablándonos de Ibn Arabí y los poetas de la Murcia árabe; Andrés Salom, el poeta mallorquín aclimatado en Murcia, y uno de los más activos organizadores de este encuentro, (pues siempre dispuso de todo el tiempo) leyéndonos poemas de su *Cancionero morisco*; María Pilar López, con su poesía tan personal como sincera; Federico García Izquierdo, que nos llegó con un apretado tomo de folios y nos leyó algunos romances y poemas inéditos de su *Tremendo soliloquio*, que publicó años después; Eliodoro Puche, serio, ceñudo y de pocas palabras, sacado de su ostracismo voluntario y traído hasta Murcia para esta reunión; Antonio Sánchez Rebollo, también poeta lorquino, yerno de Ballester, cuyos sonetos, que espero no se hayan perdido, eran de una perfectísima factura; y Teresa Soubriet, que aún no era mujer del pintor Ceferino, pero que lo fue un poco después, nos anticipó poemas del que fue su precioso libro *Los pequeños seres*.

De entre los pintores, recuerdo a Ceferino Moreno, siempre animando cotarros culturales, a José M^a Párraga, a quien tanto queríamos, y alguno más de los muchos que transitoriamente pasaban por el Archivo notarial, como una sucursal de las tertulias del *Café Santos*, que por entonces ya empezaban a perder su antiguo esplendor. Y, por supuesto, no faltó en aquella reunión –!pues faltaría más!– la presencia implacable de la censura en la persona del Delegado Provincial de Información y Turismo, acompañada de un par de policías de la llamada secreta, pero que todos conocíamos.

Pedro Ortuño, yeclano amigo, Director de Radio Popular, que unos años después moriría en un accidente de tráfico, que ya en otras ocasiones había leído poemas míos, también en ésta los leyó de mi *Elegía del Sureste* y otros inéditos de *Cartas y testimonios*, lectura que disgustó mucho al censor gubernamental, ya que la *Elegía* había sido retirada de la circulación y venta, con expediente incluido, por la misma censura que el propio Delegado nos imponía obedeciendo, sin duda, a mayores y más poderosas instancias.

Y allí, en aquella nutrida reunión tan desigual en edades, estéticas y políticas –¿por qué negarlo?– estaba don José Ballester, el gran reconciliador, comprendiendo y tolerando a unos jóvenes desconocidos que, con no poca osadía, intentábamos irrumpir en el difícil mundo de la creación artística en todas sus manifestaciones.



De su interés por mi poesía dan buena noticia las críticas (las únicas que en Murcia resaltarán mi labor literaria por aquellas fechas) que en *La Verdad* me dedicó. Del 13 de septiembre de 1957 son estos párrafos que entresaco de la dedicada a mi primer libro *Tierras de sol y de angustia*. Dicen así: “Ante todo se nos evidencia este libro de versos como una revelación de inspiración pictórica. Tienen una gran fuerza plástica y colorista y una multitud de estrofas descriptivas en las que, con sobriedad energética se nos declara el paisaje campesino... Su musa, expresiva y sugerente, le impone una continencia de sencillez que es su mayor encanto... Sánchez Bautista, poeta nuevo, promete, para cuando la depuración del tiempo eleve más sus sentimientos y haga superior su lenguaje, situarse ventajosamente en el rango escogido de nuestros mejores. Pero ya no conviene perder de vista su obra, en la que resplandece una sinceridad y una sensibilidad notables.”

Siguieron después otras críticas a *Voz y latido*, *Elegía del Sureste* y *Razón de lo cotidiano*, siempre acompañadas de cartas como esta, que no me resisto a transcribir: “Murcia, 14 de enero de 1958.- Sr. D. Francisco Sánchez Bautista.- Fortuna. Querido amigo: Tengo que devolverle los papeles que venían con su carta de 12 del pasado diciembre, y por unos días más me quedo con el libro, porque como todo llegó cuando yo me marchaba unos días fuera, (eran Navidades) y al volver se me ha acumulado el trabajo, hasta ayer, domingo, no me he podido enfrentar con sus magníficos sonetos en los que usted hace gala de un humor teñido de amargura, que revela en usted una vena magnífica. No era cosa de pasar sobre ellos rápidamente, y les voy a dar una segunda pasada, Lamento que no pudiera escribir lo de Ricardo Gil. (Debo aclarar que lo de Ricardo Gil surgió porque hablando él y yo sobre poetas fineseculares, le dije que sólo Ricardo Gil tenía para mí interés entre los poetas murcianos de su tiempo. En esto coincidimos. Por eso me animó a que escribiese un artículo sobre el poeta. Yo no pude hacerlo, y lo sentí tanto como él). Y la carta prosigue: “Si lo de Barcelona no cuaja, en Murcia es difícil que encuentre rivales de sus altura.” Como se desprende por lo transcrito, en esto me animaba desmesuradamente.

Los sonetos a los que se refiere son los de *Voz y latido*, libro que le envié inédito y mecanografiado. Lo de Barcelona era el “Premio Juan Boscán”, al que me había presentado. Y en cuanto a lo de Murcia, se trataba del “Premio Polo de Medina”. Ninguno de los dos me fue concedido aquel año. El “Polo de Medina” lo conseguí años después; al “Boscán” no volví a presentarme.

En otra de sus cartas, fechada el 9 de febrero de 1959, se alegra de que yo haya aceptado la corresponsalía de *La Verdad* en Fortuna, que él me había ofrecido. En esta misma carta me anuncia sin tan siquiera un atisbo de tristeza ni desengaño, lo siguiente: “El próximo lunes, día 16, cesaré como Director de *La Verdad*, quedando simplemente como colaborador. Mi sucesor tomará posesión ese mismo día.” Un mes después, 13 de marzo, vuelve a escribirme una larga carta informándome de su nuevo estado como colaborador en el periódico que había dirigido durante tantos años. En ella me dice que de algunas cosas propias de su profesión periodística, le han dejado una muy amada: la de seguir comentando la literatura y el arte. Igualmente se interesa si estoy a gusto como corresponsal y si recibo gratuitamente el periódico.



co. Y vuelve a incidir sobre mi vocación poética con las siguientes palabras: “Mucho celebro que vaya usted haciendo sitio a su nombre. Donde sea, sonará con justicia”.

Es por estos años (1960-1963) cuando el pintor Ceferino y Teresa Sobriet, que ya se habían casado, crean la colección Laurel del Sureste, en la que sólo Carmen Conde con *En la tierra de nadie* y yo con mi *A modo de glosa*, dimos comienzo a esta colección donde debían ir 10 autores murcianos del momento, entre poetas y escritores. También aquella noble empresa cultural naufragó. Y Ceferino y Tere se marcharon definitivamente a Madrid.

Para el libro mío, aparecido en esta colección, ese gran amigo de todos los murcianos y singular pintor que fue y será, José M^a Párraga, me retrató en un dibujo con su inconfundible estilo. Antonio Ortega, pintor e impresor de esta colección, lo ilustró con un paisaje, y don José Ballester, con esa esperanza que siempre puso en mi poesía, se encargó del prólogo. De este bello y elogioso prólogo, extraigo lo que sigue: “Con idea certera, Sánchez Bautista, pone en el umbral de su libro este endecasílabo de Boscán: “Cargado voy de mí, doquier que ando.” Porque está en la línea de los que mejor pueden llamarse líricos, es decir, subjetivos, a boca llena. Sus versos son él, sin apenas mezcla de lo externo, sino una versión de su ser, fuerte, violenta, que estalla, cruje, silba y truena sobre el mundo de su exterior circundante.”

“Después de todo, el medio en que fraguó el carácter de Sánchez Bautista, es piedra calcinada, espacio polvoriento, sequía, campos donde no prevalece la abundancia y donde, a veces, el año estéril aviva en las gentes la exasperación. Pero ya vemos aquí que no es él la personificación de la cólera desesperada. La médula de su poesía se impregna de amor. Sin rebozo descubre ese fondo en los sonetos donde se calma el ardor de las imprecaciones (...) y nos persuade del hombre sano que hay debajo del moralista con apariencia de severidad inexorable. El lenguaje empleado, con delicioso sabor rural, es escultórico, tallado en granito (...) por el que se desliza a la manera flexible, ondulante, gratamente rumorosa, la fluidez del río caudal. Los sonetos que lo integran están dentro de la rotundidad más ortodoxa y algunos son modelo antológico de euritmia.”

“No sé cómo ha de evolucionar este poeta. Creo que ni es de los que se agotan ni de los que se estancan. Por cualquier camino que siga, es seguro el cultivo de una vena abundante, clara, sin artificios, sin ilícitas concesiones, saturada de sinceridad.” Hasta aquí este generoso extracto de aquel enjundioso prólogo.

El último comentario publicado sobre mi poesía se lo hizo al libro *Razón de lo cotidiano*, cinco años después, el 21 de abril de 1968. En él, gozoso de que sus vaticinios se vayan cumpliendo, dice así: “La persona y la obra de Francisco Sánchez Bautista, han trascendido del medio provinciano para tomar puesto en primera línea de los ambientes literarios españoles, porque este poeta hace resonar su voz como intérprete de las glebas sedientas de nuestra comarca, de un modo fiel, con una hondura sentimental, noblemente viril, y con una música grave, de notas castizas, que le han valido la admiración de todos”. De todos, la verdad es que no lo sé. Pero de aquel escritor y maestro de periodistas, inteligente y bueno, sí que estoy seguro, pues su encomio no puede ser más excesivo y entrañable.



Desde la crítica de *Tierras de sol y de angustia* hasta ésta de *Razón de lo cotidiano*, habían transcurrido 11 años. Y desde 1966 hasta 1975, año en que publiqué *La sed y el éxodo*, hay otros 9 años de silencio por mi parte; y don José Ballester ya tiene 83 años por esas fechas. Ahora ya no vive en la poética calle de la Aurora, sino en el Carril de Marquesa nº 6, que todavía en vida de nuestro escritor se rotuló con su nombre. Allí le envié mi libro *La sed y el éxodo*. Y con aquella su graciosa letra, menuda y apretada, ya un poco insegura por la edad, me la acusó de esta manera: “Paz y soledad al querido amigo Francisco Sánchez Bautista, y mi gratitud por su magnífico haz de poemas doloridos, con algunos toques de ternura, como la evocación de Isabel Jarera. Espero su anunciada visita. Cuando Vd. pueda, Un abrazo.”

Al año siguiente, 1976, le envié mi nueva publicación *Encuentros con Anteo*. Y con la misma comprensión y amabilidad de siempre, a pesar de sus 84 años, me escribía: “Querido Sánchez Bautista: Gracias, muchas gracias por el libro. Ya he penetrado un poco en la densidad de su paisaje. Cuando mis achaques me den lugar, lo iré explorando para comprender bien a este poderoso Anteo que ha hecho realidad la fábula. Y le escribiré sobre ello, y esperaré su visita, tan valiosa para mí. Un abrazo.” Esta es la última carta que me escribió, y lleva la fecha del 12 de octubre de 1976.

Seguí visitándolo varias veces en su casa y en su calle del escritor José Ballester. Y la verdad es que se alegraba de verme y de saber de mis cosas y mis proyectos. El mismo año de su muerte lo visité a principio de primavera. Estaba muy delicado. Recuerdo que al despedirnos, le dije: “Bueno don José, hasta después del verano”. Y él, mirándome casi paternalmente, me contestó: “Amigo mío, esto se acaba”. Se refería, naturalmente, a su persona. Ese mismo año, verano de 1978, fallecía en Yecla. Era el 12 de agosto.

Cuatro años después (11 de mayo de 1982) yo ingresé en la Real Academia de Alfonso X el Sabio, de la que él fue Académico Numerario. ¡Cuánto nos habiéramos alegrado ambos el haber coincidido en la docta institución!

Y termino diciendo con el Dante, al recordar la querida, bondadosa y venerable imagen paternal de su maestro Brunetto Latini: “Él me enseñaba cómo el hombre se hace eterno”. También él, don José Ballester, me enseñó y orientó en ese hermoso misterio de la poesía. Mi gran sentir es que esto no se haya cumplido en la medida que él lo deseaba. Sirvan estas modestas palabras mías como un sentido homenaje a su memoria, a su generosa condición de hombre bueno, sabio y comprensivo.

